

PRIMERA ABSOLUTA A LA FRONDIELLA OCCIDENTAL POR LA ARISTA ROBACH

POR AVELINO S. DE ISASIA

Estábamos envueltos en niebla densa. Desde mi posición de tercero veía con dificultad a Elías que marchaba en cabeza. Su figura era tan sólo una sombra de detalles imprecisos. La masa acuosa se pegaba, se depositaba en nuestros pelos, ropa y botas. Convertía el cañamo de la cuerda en acero, y las presas ya no lo eran.

¡Otra vez el mal tiempo!

Como los días anteriores.

Salimos de Sallent lloviendo y lloviendo llegamos al refugio de Piedrafita Nevando subimos a la Gran Facha y pisando nieve volvimos al albergue.

Aquel 7 de julio de 1958 amaneció con nubes, mas cuando el sol comenzó su carrera, el cielo estaba ya limpio, con un azul de casaca de húsar, como los ojos de un niño de primera comunión.

Rápidamente comenzamos los preparativos de la jornada. Precipitadamente, a la tenue luz que lograba abrirse paso por los entoldados cristales de las ventanas, fuimos introduciendo en la pequeña mochila, los alimentos. Estábamos nerviosos, temíamos que el buen tiempo desapareciera, huyera, nos lo arrebatara. Teníamos desasosiego de enamorado.

Con paso rápido nos situamos bajo el último espolón de la arista Robach.

La arista Robach, está situada en el Pirineo Central, zona de Piedrafita. Es una larga cadena granítica, entre las crestas de Wallon y Bordinier. Tiene una longitud aproximada de tres kilómetros, tal vez algo menos. Comienza a alzarse en el mismo barranco de Aguas Limpias finalizando en la Frondiella Occidental.

Sin trabajo subimos hasta su filo. Los primeros pasos fueron fáciles y avanzamos al unísono. Pasamos después a unos tramos complicados por pequeñas agujas de cuatro a cinco metros. Unas, las escalamos y otras, las evitamos en pasos horizontales, bien por la derecha, bien por la izquierda.

De los lagos de Arriol comenzaron a subir nubes de gris compacto, que lamían los geométricos granitos de las crestas, y se desagarraban en girones entre las agujas y riscos. Se dejaban caer por la otra vertiente inundando los valles de sombras. La cresta se tornaba oscura matizándose sus colores. El cielo azul de la mañana era sólo un recuerdo.

Progresivamente la arista se alzaba y fuimos superando resalte tras resalte. Volvimos a encontrar otra zona fácil, multitud de lajas formaban la cresta que

PYRENAICA

proyectándose hacia el cielo se perdía en la niebla. Trepando al mismo tiempo todos los componentes de la cordada ganamos considerable altura.

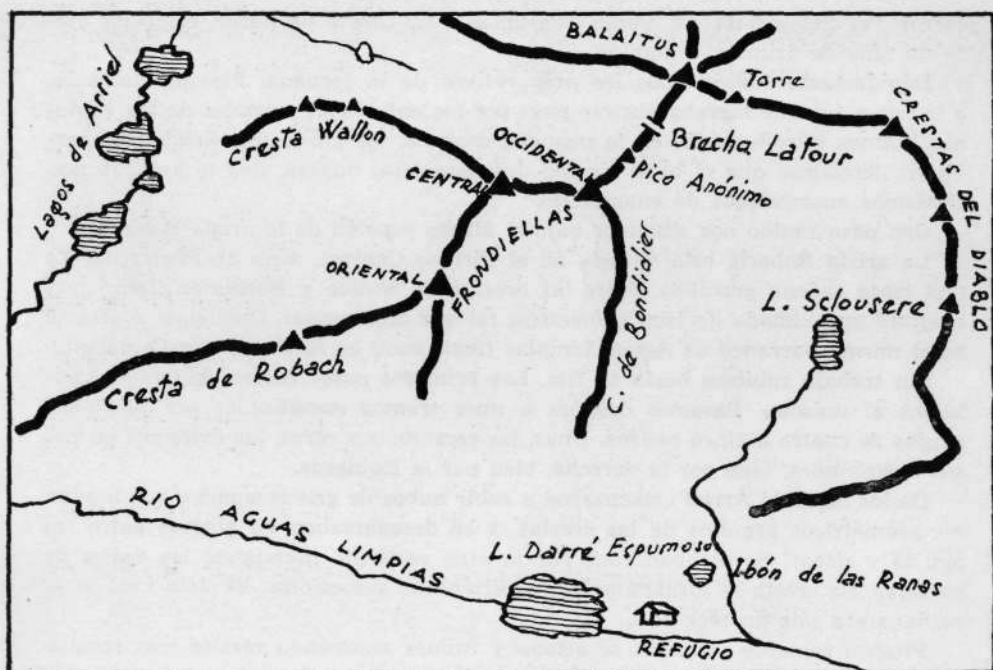
El reloj y la oscuridad avanzaban con demasiada rapidez. Quince o veinte metros era toda la visibilidad de que disponíamos. En varios largos de cuerda fuimos rebasando una serie continuada de pasos más o menos aéreos, más o menos verticales.

Superamos unas cuantas placas verticales donde las diaclasas nos ofrecían seguras presas y escalones.

De pronto, nos encontramos ante una losa pulida, resbaladiza por la humedad, muy inclinada a la izquierda y con un lomo vertical y reducido de frente. Más arriba, niebla cerrada.

Quizá, con un gran esfuerzo y asegurados por algunas clavijas la hubiéramos podido superar, pero después ¿qué? Deliberamos, llevábamos seis horas de escalada sucesiva, ignorábamos las dificultades que todavía pudieran presentarse y el tiempo que emplearíamos en ellas. Era preciso ahorrar energías. Era preciso encontrar un paso más sencillo. ¿Tal vez por la derecha? Y por la derecha nos fuimos en travesía horizontal. Ganamos una pequeña plataforma. Elías intentó vencer unas placas verticales para volver a la cresta. Imposible. Los agarres eran minúsculos y el agua les suprimía toda posible adherencia. Continuamos horizontalmente. Descendimos a lo largo del muro hasta otra plataforma más amplia.

Nos reunimos las dos cordadas. Hasta ese momento habíamos marchado con el siguiente orden: primera cordada, Elías Ruiz de Alegría, Fridel Diennemann y yo. Segunda cordada: Ignacio Añarbe y Antonio Eguía.



PYRENAICA

Decidimos formar un solo grupo, la marcha sería en adelante muy lenta, pero lo que perdíamos en velocidad lo ganaríamos en seguridad y en tranquilidad moral. Nos encontrábamos en un terreno virgen y oculto por la masa acuosa. La situación era delicada colgados en aquella inmensa pared. Hacía frío intenso, las ropas empapadas, nuestros miembros ateridos, desvitalizados. Las cuerdas de cáñamo como cables, pesadas e indóciles.

Sube Elías, luego Añarbe. La cuerda se desliza lentamente por mis hombros. La niebla nos impide verles. Oímos el ruido de la maza al golpear las clavijas. Por fin las voces de Elías anunciando que está ya en la cresta. La situación se aclara.

Nos hacemos un lío fenomenal al empalmar las cuerdas que se enroscan y se niegan a obedecer como si estuvieran dotadas de vida propia. Se pierde un tiempo precioso. Escuchamos gritos poco edificantes por las alturas.

Inicio la subida por un diedro vertical cuyo vértice es una cascada. La mochila me impide encajonarme debidamente, tomo una presa y de súbito ¡clas! me quedo con la piedra en la mano. Salgo despedido con fuerza. De pie, voy a parar a una pequeña y providencial plataforma.

Vuelto al diedro, lo supero con uñas y dientes. Otro diedro, éste horizontal, nos obliga a reptar en posturas no muy académicas. Después varias lajas verticales y una pequeña repisa. Reunión. Sube Eguía descalzo, las botas con poco relieve le estorbaban en aquellas presas resbaladizas. A continuación, la última dificultad hasta la cresta, una chimenea con su correspondiente piedra empotrada, siéndonos preciso salir fuera de las paredes.

La arista otra vez, largos y más largos de cuerda. Las seis, las siete de la tarde. Unos pasos a horcajadas o en babaresa, según las ganas y la decisión del momento, en su término un espolón muy alto y vertical que salvamos por la derecha. El paso era claro. De allí salimos a una serie de repisas fáciles y por fin la cima. Victoria.

Iniciamos el descenso rápidos, pero con precaución, pues según bajábamos, el terreno era cada vez más peligroso y la luz más escasa. La pared se hundía en el seno violáceo de la niebla.

Mi posición de último me obligaba a una mayor atención ya que en algunos pasos mi caída hubiera comprometido la seguridad de la cordada. Atravesamos un couloir de hielo azul, continuando por un corredor muy ancho.

La noche estaba encima y las presas se intuían más que se veían. No quedaba otro remedio que el vivac.

Por suerte, el corredor, que no se cita en ninguna guía, era profundo, librándonos del viento frío. Nuestra orientación era S.

La niebla había sido arrastrada dejando al descubierto un cielo negro maravillosamente estrellado. Recordé una frase de un general italiano, «la guerra es bella, pero incómoda», el vivac es bello, pero incómodo.

Pasamos la noche en dos reducidas repisas y asegurados por las correspondientes clavijas.

A las seis de la mañana reanudamos el descenso. El último tramo lo solucionamos con un rappel de 50 m.